

**01 de enero**

## **Santa María Madre de Dios**

### PRIMERA LECTURA

*El Señor te bendiga y te conceda la paz*

**Lectura del libro de los Números 6,22-27**

El Señor habló a Moisés: «Di a Aarón y a sus hijos: Ésta es la fórmula con que bendeciréis a los israelitas: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz.” Así invocarán mi nombre sobre los israelitas, y yo los bendeciré.»

**Salmo Sal 66 R/.** *El Señor tenga piedad y nos bendiga*

### SEGUNDA LECTURA

*Nacido de una mujer*

**Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas 4,4-7**

Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones al Espíritu de su Hijo que clama: «¡Abba! (Padre).» Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

### EVANGELIO

*María conservaba todas estas cosas en el corazón*

**Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,16-21**

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo a Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho. Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

## **Que el Señor te bendiga, te proteja y te conceda la paz**

En estos días, antes y después del primer día del año todos intercambiamos buenos deseos. ¿Qué nos deseamos realmente? Salud, bienestar, éxito profesional... Los cristianos, tal vez, deberíamos cambiar todos esos buenos deseos por el de la bendición del Señor, o, al menos, sin renunciar a ellos, hacer de esta bendición el deseo fundamental: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz.” ¿Qué más y mejor se puede desear?

La condición principal para expresar este deseo es *creer* que Dios es la fuente de toda bendición: que Dios dice nuestro nombre y lo *dice* para nuestro *bien*. Si esta fe, el tiempo que discurre y nos arrastra se reduce al ciclo natural del eterno retorno, y los buenos deseos quedarán en eso, meros deseos, deseos hueros, sin verdadero fundamento, pues los males del año viejo, de todos los años, se repetirán con algunas pequeñas variaciones en este año que acabamos de estrenar.

Pero si creemos en Dios, en el Dios de Jesucristo, estamos de enhorabuena, porque esos buenos deseos ya se han cumplido en buena medida: nuestro tiempo es un tiempo de plenitud, estamos en la plenitud de los tiempos, y Dios ya se ha fijado en nosotros, nos ha mostrado su rostro, su rostro humano en el de Jesús, y su rostro paterno en ese Jesús, nacido de una mujer (María), que es, además, el Hijo de Dios, y quiere incluirnos en su filiación divina, de modo que podemos clamar, como Jesús, al dirigiéndonos a Dios, Abba, Padre.

Así que somos depositarios de esa bendición del Antiguo testamento que se ha realizado en el Nuevo. No tenemos más que ir corriendo a recogerla, como los pastores, a reconocer en el niño nacido en Belén al portador de la bendición de Dios, y que anunciaron los ángeles en la noche

de Navidad: “Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que el Señor ama”. Acudir al portal a contemplar al Niño significa en nuestra vida cotidiana, dejar a un lado nuestras ocupaciones cotidianas, nuestros particulares rebaños, para dedicarnos por un tiempo a la contemplación, la escucha de la Palabra, la adoración en silencio.

Es verdad que, pese a esta bendición, sentimos muchas de las estrecheces y problemas, que el año viejo le pasa al nuevo. Dios ha venido a visitarnos, a mostrarnos su rostro, y camina con nosotros, pero no por ello todo en el mundo ha cambiado como por arte de magia. Y es que Dios no cambia las cosas a la fuerza, sin contar con nosotros, pues de este modo no haría sino prolongar los males que nos afligen, que son en gran medida consecuencia de imposiciones y decisiones que no cuentan con los demás. Dios, más bien, ha venido a proponernos cambios que sólo son posibles desde nuestra aceptación libre. Y es que, como nos recuerda Pablo en la segunda lectura, si la bendición del Señor consiste en liberarnos de la condición de esclavos (del destino, del pecado), para hacernos hijos en el Hijo, significa que somos libres, pero libres con esa suprema libertad que consiste en disponer de sí mismo para ponerse al servicio de los demás. No en vano la Iglesia consagra este primer día del año a María, Madre de Dios, que lo fue porque se hizo libremente servidora del proyecto salvador de Dios. Acogiendo libremente la propuesta de Dios, también nosotros nos convertimos en activos protagonistas de este proyecto: si acogiendo a Jesús, el Hijo de Dios y el hijo de María, nos convertimos en hijos, significa que nos hacemos también hermanos entre nosotros, miembros de una misma familia. Y, de esta manera, ponemos la base de la paz verdadera. Hoy, que la Iglesia dedica también a orar por la paz, comprendemos que la paz no es sólo un piadoso deseo, sino una tarea que tenemos que esforzarnos en establecer, por ejemplo, en nuestro entorno inmediato.

No es una tarea fácil, sino que está erizada de dificultades. Por eso, parte esencial de la bendición que nos deseamos en este día es la confianza, la paciencia, la capacidad de esperar. María, de nuevo, nos sirve de modelo: “María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. Y es que no todo está claro desde el principio. Esta bendición se derrama y abre paso en medio de las oscuridades (las maldiciones, podríamos decir) de nuestro atormentado mundo.

Pero este “conservar todas estas cosas en el corazón” no implica una actitud pasiva, sino que es el comienzo de una participación activa en la bendición recibida: si hemos sido bendecidos por la filiación divina en Cristo, que nos hace hijos de Dios y hermanos entre nosotros, hemos recibido también la responsabilidad de comportarnos como hijos de Dios Padre, como hermanos de Cristo y, en él, de todos nuestros semejantes. Eso es testimoniar, de nuevo como los pastores, con palabras y con obras, lo que hemos visto y oído. De esa forma, no estaremos sólo expresando buenos deseos a los demás (el deseo de una bendición) sino que nos convertiremos en portadores y transmisores de esa bendición, colaborando a que los buenos deseos que expresamos se hagan realidad.

Y es importante, por fin, que este testimonio no sea el de un genérico y anónimo altruismo. Es importante que, como al niño a los ocho días de su nacimiento, le pongamos nombre a esta bendición que hemos recibido y que queremos testimoniar a los transmitir a los demás: Dios nos ha bendecido en Jesús, el hijo de María, nacido en Belén, en quien Dios “nos ha bendecido con toda clase de Bienes, espirituales, en el cielo y nos ha elegido en él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia por el amor” (Ef 1, 3-4)